

EL TENIENTE GENERAL DE LA ARMADA, EXCMO. SR. DON BLAS DE LEZO Y OLAVARRIETA

José Luis TORRES FERNÁNDEZ



*El medio hombre que resultó
más que un hombre y medio.*



DIGO Cervantes que los nombres de los navíos son importantes y, si están bien puestos, condicionan a sus dotaciones.

En mi empleo de capitán de fragata tuve la muy feliz oportunidad de mandar el destructor *Blas de Lezo* (D-65), ex *Noa* de la Marina de los Estados Unidos, de la clase *Fram II*. En lo que a mí respecta el nombre del buque me condicionó, como creo que a toda la dotación, a la que se ilustró convenientemente para que tomasen conciencia de la personalidad heroica del titular del buque en donde estaban sirviendo a España en la Armada.

La entrega, sin reservas, de don Blas de Lezo a las exigencias del servicio ha quedado fehacientemente demostrada en las mutilaciones que muestra, con claridad meridiana, la estatua levantada en Cartagena de Indias, plaza colombiana íntimamente ligada al marino español, en la que en su bahía y aguas derrotó a la Escuadra del almirante británico sir Edward Vernon, a la que por algunos estudiosos ha sido calificada como «La Armada Invencible Inglesa», cuya composición y magnitud de efectivos no fue superada hasta la Segunda Guerra Mundial en el desembarco de Normandía. La seguridad de la derrota de la Fuerza de don Blas de Lezo era tan firme que incluso se acuñaron monedas con Blas de Lezo genuflexo entregando su espada al

TEMAS GENERALES



Destructor *Blas de Lezo* y corbeta *Atrevida* en Las Palmas de Gran Canaria. Ambos buques fueron mandados por el autor.

erguido almirante Vernon, y que se pueden contemplar en nuestro entrañable Museo Naval.

La abrumadora superioridad de las fuerzas invasoras inglesas queda reflejada en las siguientes cifras. Por parte inglesa, 186 buques con 23.000 soldados a bordo, de los que 2.700 eran procedentes de las trece colonias de América del Norte, al mando de un hermano de George Washington, que más tarde tomaría parte en la lucha de la independencia de Norteamérica. Por el lado de España, se contaba con 2.800 hombres y seis navíos.

Cartagena de Indias constituía la llave del Caribe y pieza clave de las posesiones españolas en la zona, de suerte que en manos de los ingleses abriría el paso hacia Santa Fe de Bogotá y por consiguiente hacia el Perú, y en dirección norte hacia Panamá.

La euforia previa al combate era grande en Inglaterra, alimentada por las noticias enviadas por el propio Vernon ante lo que parece una fácil victoria total, pero que termina en retirada inglesa. En Inglaterra se ocultó la derrota, se enterraron las monedas y medallas confeccionadas para conmemorar la inexistente victoria y cuando falleció el almirante Vernon fue enterrado como un héroe en la abadía de Westminster, con una leyenda en la que, sibilinaamente, se hace mención a la victoria de Cartagena.

Da pena observar la escasez en nuestro país, así como en todo el mundo occidental, de publicaciones que relaten y ensalcen la heroica hazaña de Cartagena de Indias, teniendo en cuenta además las consecuencias tan negativas que hubiera supuesto para España el que los ingleses hubiesen conquistado la plaza de Cartagena. Podemos hacer dos excepciones en cuanto a Colombia e Inglaterra. En la primera existen trabajos que relatan los acontecimientos a los que estamos aludiendo, pero se encuentran reclusos en bibliotecas especializadas, por lo que su difusión queda muy restringida. En lo que se refiere a Inglaterra, se dice que la Historia la escriben los vencedores, y así es, y en este



Blas de Lezo.

caso son mucho más abundantes los relatos ingleses que la exigua literatura e historia en España, si bien contados de forma que no se reconoce el desastre de Vernon, por lo que se corre el riesgo cierto de que se estime que son los ingleses los vencedores, pues, repetimos, son éstos los que escriben la Historia.

Don Blas de Lezo y Olavarrieta nació en Pasajes de San Pedro el 3 de febrero de 1687 y fue bautizado el 6 del mismo mes y año en la parroquia de San Pedro de su pueblo natal. Era el quinto hijo del matrimonio formado por Don Pedro Francisco y doña Agustina, con sus hermanos José Antonio, María Josefa, Agustín y Pedro.

Al fallecer el rey Carlos II sin descendencia, Luis XIV de Francia se aprestó a defender los derechos de su nieto Felipe para acceder al trono de España, en oposición al otro pretendiente, el archiduque Carlos de Austria. Con este motivo Luis XIV, en el campo militar, acometió una serie de medidas destinadas a integrar las fuerzas armadas de Francia y España, y en particular las fuerzas navales, de forma que los futuros oficiales de la Armada española se formaban en Francia. Con este criterio nuestro personaje, don Blas de Lezo, estudió en Francia, en donde alcanzó el empleo de guardia marina. A los quince años embarcó en la capitana de la escuadra francesa, que mandaba el almirante conde de Tolosa, y en 1701 a la altura de Málaga sostuvo un combate

TEMAS GENERALES

con una escuadra angloholandesa, en cuyo encuentro el guardia marina Lezo sufrió un impacto de bala de cañón que le supuso un destrozo astillado de la pierna izquierda, que le fue amputada en el mismo buque en una operación dolorosísima, tal y como sucedía en aquella época. Por su valeroso comportamiento en el combate y la extraordinaria entereza demostrada en la intervención quirúrgica, es promovido al empleo de alférez de navío. Después de estos acontecimientos regresó a Pasajes.

Una vez repuesto se incorporó de nuevo al servicio a bordo de buques de la Armada, interviniendo en acciones como el hundimiento del navío británico *Resolution* y en el apresamiento de otros. Fue promovido a teniente de navío y destinado a Tolón, plaza que estaba siendo atacada por las huestes del duque de Saboya, suegro de Felipe V. Se distingue por su valor y profesionalidad principalmente en la defensa del castillo de Santa Catalina, donde es herido, con pérdida de un ojo. Se destaca en la conducción de armamento y pertrechos desde Francia para las tropas de Felipe V. Es ascendido al empleo de capitán de fragata en 1710 y, al mando de una fragata, toma parte en los combates con los ingleses, de los que se destaca el sostenido con el buque inglés *Stanhope*, al que vence, hazaña plasmada en un precioso cuadro muy conocido y exhibido en el Museo Naval. Con su buque formó parte de la escuadra del almirante don Andrés del Pez y, debido a las extraordinarias actuaciones de Lezo reflejadas en los informes del almirante, es promovido a



El buque de Blas de Lezo remolcando al buque inglés *Stanhope*.

capitán de navío en 1712. Fue destinado para acudir al segundo sitio de Barcelona, donde pierde el brazo derecho durante el combate.

Don Blas de Lezo, con su navío, formó parte de la escuadra que recogió en Génova a doña Isabel de Farnesio para trasladarla a España con el fin de contraer matrimonio con Felipe V. Su navío estaba asignado a la escuadra que al mando del gobernador general de la Armada, don Pedro de los Ríos, recobraron la isla de Mallorca en 1715. Al año siguiente pasó, al mando de un navío, a la escuadra de don Francisco Chacón para socorrer a una flota de galeones españoles en el canal de Las Bermudas. Con posterioridad se incorporó a otras escuadras con el cometido de perseguir y eliminar los buques piratas de distintas nacionalidades que infectaban las aguas caribeñas, que hostigaban y apresaban a los galeones españoles y dificultaban el comercio español. Esta larga campaña, en la que alcanzó fama y prestigio como consecuencia de frecuentes combates con navíos ingleses y holandeses, duró hasta el año 1730 en que volvió a España.

Todas estas acciones merecieron el reconocimiento del propio rey de España, que le hizo venir a su servicio en la corte, entonces ubicada en Sevilla. Allí se interesó el rey por las campañas que había desarrollado en América, y fue promovido a jefe de escuadra, pero con antigüedad de 1725, es decir, contando el tiempo que había estado en los llamados Mares del Sur.

Su estancia en la corte no se prolongó más tiempo y fue nombrado para desempeñar el mando del Departamento de Cádiz, y en 1731 se le confirió el mando de una escuadra que pasó al Mediterráneo a las órdenes del infante don Carlos, cometido que desempeñó a plena satisfacción del infante. Debido a la conducta observada por la República de Génova, negativa para los intereses de España, se le encomendó a don Blas de Lezo la misión de dirigirse a dicho puerto y exigir que se rindiesen honores de alto rango a la bandera real de España, así como que se embarcara en sus navíos una importante cantidad de dinero que se hallaba en el Banco de San Jorge y que pertenecía a España.

El Senado de la República de Génova rechazó el ultimátum del general Lezo, al mismo tiempo que resolvió enviar una comisión de diputados con el propósito de negociar. Esta conducta pone de manifiesto la contradicción de la primera resolución con la segunda, circunstancia que sin duda advirtió Lezo, que supo aprovecharse de la posición de ausencia de firmeza y determinación de los genoveses. De esta forma Lezo se limitó a dar un corto plazo a los diputados para entregar el dinero español depositado en Génova y si así no se procedía comenzaría a bombardear la plaza hasta su destrucción. Felizmente los genoveses entregaron lo solicitado y la escuadra de Lezo se dio a la vela para recalar en el puerto de Alicante. Parte del dinero transportado se dirigió a sufragar los gastos de la campaña de Orán.

La plaza española de Orán se encontraba sitiada por tierra y por mar. El rey ordena a Blas de Lezo formar una escuadra para ayudar a dicha plaza. Éste rompe el asedio y logra que los argelinos huyan en desorden. Orán fue abaste-

TEMAS GENERALES

cido de armamento, víveres y medicamentos, y una vez asegurada la plaza la escuadra del general Lezo regresó a Cádiz.

Nuevamente se hizo a la mar, al obtener información de que los argelinos intentaban paliar la repercusión que la victoria de Orán había tenido en todos los países. Localizado el enemigo, lo persigue en su huida y acosa a la capitana argelina, navío de 60 cañones, que se refugia en Mostagan, en cuya bahía es incendiada, a la vez que bate eficazmente los castillos que defendían la rada. Después regresa a España.

En el transcurso de estas acciones en Orán muere a manos de los argelinos el gobernador militar de la plaza, el teniente general del Ejército don Álvaro de Navia-Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, prestigioso militar y eminente tratadista de asuntos de la milicia, y del que entre sus obras destacan las *Reflexiones Militares*, de permanente actualidad.

Los argelinos, tratando de resarcirse de lo perdido, piden ayuda a Constantinopla. Ante esta situación, don Blas de Lezo, con su escuadra, se dirige a patrullar en el canal de Sicilia con objeto de interceptar la ayuda turca. Permanece allí unos dos meses, hasta que se ve obligado a abandonar la vigilancia ante las bajas por enfermedad de sus dotaciones, producidas por el mal estado de los víveres. Regresa a España con destino a Cádiz, si bien se ve obligado a entrar en Málaga para desembarcar a los enfermos graves, entre ellos a Jorge Juan.

Por los servicios prestados, S. M. el Rey dispone su promoción al empleo de teniente general de la Real Armada en el año de 1734. En 1735 toma de nuevo el mando del Departamento de Cádiz y en 1736 S. M. le nombra comandante general de los galeones. Constituye una flota con dos navíos, *Conquistador* y *Fuerte*, ocho mercantes y otros buques menores, con los que se dirige a América, llegando a Nueva Granada en marzo de 1737.

Como comandante del Apostadero de Cartagena de Indias va a desempeñar la misión más importante de su vida. Allí se conoce la concentración de fuerzas que hace Inglaterra apoyándose en Jamaica. De esta isla salieron las escuadras que atacaron Portobelo, el castillo de Río Chagres y que amenazaron a La Habana. Pero su verdadero objetivo era Cartagena de Indias, punto clave en la defensa de las posesiones españolas en América del Sur y Central. La situación de guerra con Inglaterra tuvo una especial incidencia en el Caribe, donde los apresamientos de buques españoles obligaron a Lezo a realizar acciones de protección del tráfico.

La nobleza de la familia Lezo viene probada desde 1657, cuando esta familia dirime ante la justicia sus títulos nobiliarios contra los ayuntamientos de San Sebastián y Pasajes, que ganan con todos los pronunciamientos favorables. Entre sus antepasados figura don Domingo Lezo, sacerdote canónigo de la catedral de Sevilla y Córdoba, catedrático de Filosofía en Alcalá y obispo de Cuzco en el Perú en el siglo XVII. Políticos como don Pedro de Lezo, que

fue alcalde de Pasajes en el siglo XVIII, y su abuelo, don Francisco de Lezo, marino y propietario de buques, a quien sin duda debe su vocación marinera.

Antes de partir para efectuar sus estudios en Francia, el joven Blas de Lezo se había enamorado de una bella doncella de nombre Ana Urriolagoitia, que acabó contrayendo matrimonio con otro debido a las largas ausencias de Lezo. La pérdida de la pierna hizo que se fuera alejando de la chica, que interpretó su distanciamiento como desinterés por ella. Ésta fue sin duda una circunstancia que le afectó y quizá le marcó por un tiempo, ya que se convence de que debido a sus importantes mutilaciones y numerosas heridas no le será posible conquistar el amor de una dama. Por ventura, encuentra finalmente la mujer que será su esposa.

Blas de Lezo, que ha alcanzado el generalato de la Armada con una extraordinaria Hoja de Servicios plena de acciones de guerra y victorias impresionantes, se siente cohibido para entablar relaciones con fines matrimoniales a causa de las huellas de los combates en su mutilada fisiología. No obstante, durante su estancia en América en los años veinte del siglo XVIII, vence esa timidez y decide frecuentar los centros en los que se reunían los miembros de las altas escalas de la sociedad. En estos centros rivalizaban damas y caballeros a la hora de lucir sus galas, sobrepasando incluso a los de la España continental. En Lima se fijó en una joven dama llamada Josefa Pacheco de Benavides y Bustos, con la que entabló relaciones que culminaron en matrimonio en el año 1725. Sus padres, que verán con agrado esta relación, eran don Pedro Carlos Pacheco de Benavides y doña Nicolasa de Bustos. Procedían de Locumba Aruca, en el norte de Chile, donde residían, si bien frecuentaban la ciudad de Lima por razón de sus negocios.

La vida le reservaba a nuestro héroe etapas duras, por motivos profesionales, pero en todo momento contó con el apoyo y cariño de su esposa, que duró hasta la muerte de Blas de Lezo, en Cartagena de Indias, el 7 de septiembre de 1741.

Al producirse el ataque a la plaza de Cartagena de Indias en marzo de 1740, Blas de Lezo comprobó la deficiente disposición de las defensas artilleras de la plaza, que fue convenientemente corregida siguiendo sus criterios. Cuando el 13 de marzo de 1741 se produce de nuevo el ataque del inglés Vernon se comprueba la bondad del despliegue artillero adoptado.

En el transcurso de los acontecimientos acaecidos del 13 al 20 de mayo de 1741 asistimos a un contraste de criterios entre el virrey de Nueva Granada, teniente general del Ejército don Sebastián de Eslava, y el propio Blas de Lezo, que queda reflejado en el Diario de Operaciones de Lezo, remitido a S. M. y recogido en la magnífica publicación titulada *La Armada española en la primera mitad del siglo XVIII*, del capitán de navío José María Blanco Núñez.

La situación en Cartagena de Indias en cuanto a sus mandos y a la defensa de la plaza no era la mejor, ya que se encontraba vacante la figura del gobernador militar por fallecimiento de don Pedro Fidalgo, por lo que asume esta

TEMAS GENERALES



función el mismo virrey, don Sebastián de Eslava. El teniente general de la Armada don Blas de Lezo era comandante general del Apostadero de Cartagena y de la escuadra allí situada, compuesta básicamente por seis navíos de línea. En consecuencia Blas de Lezo se constituía como primer subordinado del virrey. Éste decidió establecer lo que denominó el «Frente Naval», formado por la escuadra fondeada y los castillos y baterías de la defensa de la Bocachica.

Los ingleses habían decidido penetrar en la bahía por la Bocachica, para lo cual habían desechado la Bocagrande por su escaso calado y la proximidad de zonas de fango que hacían imposible su utilización por las naves.

La principal defensa de Bocachica era el castillo de San Luis, bajo el mando del coronel de Ingenieros don Carlos Desnaux, nombrado segundo de Blas de Lezo. A este castillo se sumaban los castillos de San Felipe y Santiago, bajo el mando del comandante de Batallones de Marina don Lorenzo de Alderete y Barriento. Las relaciones del coronel Desnaux con Blas de Lezo distaban de ser las mejores, mientras que las de Lezo con el comandante Alderete fueron impecables.

La situación en la parte española no era favorable. Aparte de la abrumado-



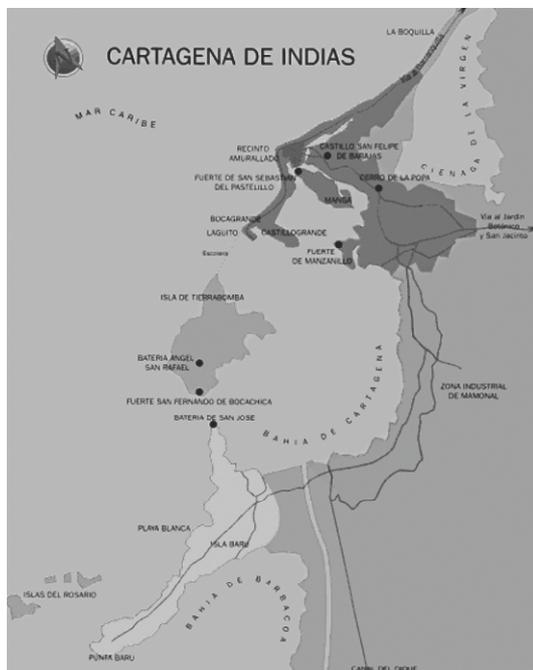
ra superioridad británica, que solamente en buques de línea era de 36 a 6, la disposición de las defensas no era la adecuada, como referimos anteriormente. No se había considerado el acopio de víveres y otros pertrechos, dándose la situación paradójica de que fueron los buques del Apostadero los que auxiliaron a la ciudad, cuando lo lógico hubiera sido lo contrario. Por otra parte estaba la disparidad entre los criterios del virrey Eslava y los de don Blas de Lezo, tanto en el campo de la estrategia como en la táctica. El virrey, por ejemplo, estableció la forma de utilizar los navíos de la escuadra de Lezo, en lugar de limitarse a fijar el fin a conseguir y dejar en manos del jefe de la Fuerza Naval la forma de utilizar sus navíos para alcanzar el objetivo marcado.

Esta falta de cohesión por parte española propició la afluencia de documentos a los archivos españoles que en nada favorecieron a Blas de Lezo, cuyo diario de operaciones fue desconocido o silenciado. Se da la circunstancia de que Desnaux llegó a tildar a Blas de Lezo de cobarde, calificativo asombroso y falso a la vista de su historial.

El plan de ataque a Cartagena previsto por los ingleses consistía en desembarcar al sur de la Boquilla y vadear el caño de Juan de Angola, para desde allí atacar la Quinta, y así caer sobre el castillo de San Felipe de Barajas, simultaneando con otra fuerza la ocupación de la desembocadura del Sinu en Pasacaballos, con el fin de cortar la totalidad de los accesos a la ciudad y rendirla por el hambre.

Esta información es obtenida por los agentes propios en Jamaica, la base de apoyo inglesa más importante en la zona. Su conocimiento dio origen al Primer Pacto de Familia firmado en diciembre de 1740. Este pacto fue seguido de un segundo, acordado en 1743. Con tal motivo, cooperaron en la zona del Caribe la escuadra española del almirante don Rodrigo de Torres y la francesa del marqués de Antin. De la primera provenían los seis buques que cons-

TEMAS GENERALES



tituían la escuadra de don Blas de Lezo.

Al almirante inglés Vernon le preocupaba la presencia de los franceses y con el fin de neutralizarla se hace a la mar desde Jamaica arrumbando a Guadalupe. La escuadra de don Rodrigo de Torres tenía asignada como misión en la defensa de Cartagena caer sobre la escuadra inglesa desde la mar con el objetivo de atacarla por la espalda. Este plan no llegó a realizarse al ser destacada la escuadra de Torres a La Habana, que también estaba amenazada por los ingleses.

Vernon, después de una infructuosa búsqueda de la escuadra del marqués de Antin, se convence de que el

francés ha regresado a Europa. Con la decisión tomada en consejo de guerra de oficiales, arrumba a Cartagena con una descubierta de dos navíos para reconocer la costa y las sondas por donde iba a navegar la escuadra inglesa.

El día 15 de marzo, Vernon tomó el fondeadero de Playa Grande con su escuadra y transportes de tropas, después de valorar la información que había recibido del capitán de navío que mandaba la descubierta que había despachado por su proa.

El día siguiente, Blas de Lezo, tras recibir las órdenes del virrey Eslava, se dirige a Bocachica y embarca en el navío *Galicia*, su buque insignia, no sin antes haber comprobado el estado precario de los baluartes y castillos, que remedió en lo posible proporcionándoles pertrechos, víveres y personal de sus propios navíos. El 20 de marzo dos navíos enemigos, tras unas maniobras de diversión para confundir a los españoles, se disponen a batir los castillos de San Felipe y Santiago. La situación se presenta complicada para los españoles al seguirse el criterio de Eslava de no presentar batalla en el momento del desembarco y retirarse a Cartagena para resistir allí. Blas de Lezo sostenía el criterio opuesto: atacar al enemigo antes del desembarco, pero principalmente en el momento inicial de la maniobra, cuando el enemigo es más vulnerable. De esta forma los ingleses, tomando la iniciativa, desembarcaron los efectivos y sus buques entraron por la angosta bocana.

TEMAS GENERALES

ocupación de este importante acceso a la bahía. Lezo ordenó la concentración de las lanchas y demás embarcaciones para el traslado de los hombres, armas, pertrechos, víveres y de todos los elementos útiles para la defensa de Cartagena. La entrega del castillo de San Luis, sin apenas resistencia, supuso un grave error que llevó a la pérdida del castillo de San José y el posterior abandono de Bocagrande. Aquí se reunió Lezo con el virrey Eslava y el coronel Desmaux, quien informó de la adversa situación militar y civil. Con tal motivo, Lezo hizo hincapié en las nefastas consecuencias que, a su entender, se habían producido, al seguirse una táctica opuesta a lo que él propuso. Se trataba de atacar al enemigo especialmente en el crítico momento del desembarco, defendiéndose en los castillos y evitar que se hiciese fuerte en tierra y, si se contaba con la escuadra del almirante Rodrigo de Torres, que ésta atacase a la inglesa por fuera en el momento del desembarco. Como no se hizo así, la situación resultante fue que los ingleses estaban en tierra con importantes efectivos en hombres, armamento y material, y la ciudad de Cartagena prácticamente sitiada. El virrey se defendió tratando de implicar a Lezo en la desastrosa situación, alegando que éste había prestado más atención a escribir su diario que a las propias operaciones. Este encuentro marcó un antes y un después, pues fue Lezo quien tomó la iniciativa que llevaría a la derrota de los ingleses, lo que parecía hasta entonces una utopía.

Los ingleses tenían también graves problemas, debidos a las bajas por combate y muy principalmente por las enfermedades ocasionadas por el clima y el deterioro de los alimentos. También la moral de la tropa preocupaba, y



mucho, al almirante Vernon, ya que se habían dado situaciones de abandono en masa en los combates que se libraban entre españoles y británicos.

Blas de Lezo se dirigió a Cartagena, donde gozaba de gran prestigio, proporcionando un hábito de esperanza a sus habitantes dentro de la natural angustia que sufrían. Allí lo recibió emocionadamente su fidelísima esposa, doña Josefa Pacheco de Benavides, a quien rogó que abandonase la ciudad en busca de lugares más seguros, a lo que ella se negó rotundamente. Comenzó a preocuparse por los detalles de la defensa de la ciudad contra un enemigo muy superior. Para ello trató de optimizar los medios humanos y materiales, pres-tándole una especial atención a la moral, que no pasaba por sus mejores momentos. Como prueba de ello se transcribe la proclama que el teniente general de la Armada, Blas de Lezo y Olavarrieta, dirige a los oficiales y marinería de los dos únicos buques de guerra que le quedaban:

«Soldados de España peninsular y soldados de España americana: Habéis visto la ferocidad y poder del enemigo; en esta hora amarga del Imperio nos aprestamos a dar la batalla definitiva por Cartagena y asegurar que el enemigo no pase. Las llaves del Imperio han sido confiadas a nosotros por El Rey nuestro Señor, debemos devolverlas sin que las puertas de esta ciudad hayan sido violadas por el malvado enemigo. El destino del Imperio está en vuestras manos. Yo, por mi parte, me dispongo a entregarlo todo por mi Patria, y mi vida si es necesario, para asegurarme que los enemigos de España no habrán de hollar su suelo. Que la Santa Religión, a nosotros confiada por el Destino, no sufra menoscabo mientras me quede un aliento de vida. Yo espero y exijo, y estoy seguro que obtendré el mismo comportamiento por vuestra parte. No podemos ser inferiores a nuestros antepasados, quienes también dieron su vida por la Religión, por España y por el Rey, ni someternos al escarnio de las generaciones futuras, que verían en nosotros los traidores de todo cuanto es noble y sagrado. ¡Morid, entonces, para vivir con honra! ¡Vivid, entonces, para morir honrados! ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA EL REY! ¡VIVA CRISTO JESÚS!»

Esto sucedía en la primera decena de abril; aún quedaban cuarenta días de zozobra, angustia, lucha continua con un enemigo que veía cerca su victoria. Pero la única mano del hombre que mandaba a estos españoles de la Península y de América era firme y decidida para guiarlos al éxito final.

Si bien la evacuación de los españoles a Cartagena no se completó hasta el 5 de mayo, los ingleses comenzaron el asedio a la ciudad amurallada el 20 de abril. Vernon dispuso el desembarco de 1.200 hombres para reforzar al contingente inglés que ya estaba en tierra, y que sobrepasaba los 2.000 efectivos. Completaron la ocupación de la Quinta y el convento de La Popa. El castillo de San Felipe de Barajas constituía el único y último cerrojo que cerraba la ciudad de Cartagena y que aseguraba su defensa. Lógicamente la intención de los ingleses era abrir, a toda costa, el mencionado cerrojo.



Entre los defensores españoles figuraban los contingentes de marinería de la destruida escuadra de Lezo con sus oficiales, así como un regimiento de Aragón de brillante trayectoria y las unidades de neogranadinos. En todos ellos la presencia de don Blas de Lezo había supuesto un notable refuerzo moral.

Con entusiasmo, diligencia y competencia, Blas de Lezo estudió y decidió la mejor manera de defender la pieza clave que constituía el castillo de San Felipe. Dispuso la situación de la artillería, estableció baluarte en el exterior del propio castillo, abrió zanjas y fajinas para establecer una defensa en profundidad. Todos estos dispositivos dieron, felizmente, un excelente resultado.

El 20 de abril los ingleses iniciaron su primer intento de asalto al castillo. Lo hicieron por la única vía posible, una zona en cuesta, circunstancia que favorecía a los españoles. Los ingleses estaban muy confiados en que su superioridad en hombres y material les proporcionaría el éxito. Lo reñido de la lucha y la voluntad decidida de vencer de los españoles obligó a los ingleses a retirarse ante el elevado número de bajas. En su retirada abandonaron no sólo los cadáveres, sino incluso a sus heridos.

A finales del mes de abril, y a petición de los ingleses, se procedió a un canje de prisioneros, en el que se puso de manifiesto la atención que se había dispensado por los españoles a los heridos ingleses. Por su parte, los prisioneros españoles liberados proporcionaron excelente información, como era que los enemigos preparaban un nuevo intento de asalto.

En los primeros días de mayo, los ingleses utilizaron al desarbolado y casi destruido navío *La Galicia* para, con otros brulotes, hostigar las posiciones españolas. Lo mismo hicieron con los castillos de Bocagrande y de San Luis de Bogotá en Bocachica. El 4 de mayo se fugó un español prisionero de los ingleses, que alertó a las autoridades españolas de la inminencia de un nuevo ataque inglés, si bien manifestó que no lo creía posible dadas la baja moral y el elevado número de víctimas por enfermedad.

La situación se iba deteriorando tanto en el bando de los españoles como en el de los ingleses, debido a la propia situación de lucha, a la escasez de alimentos y a los heridos que no podían ser atendidos por falta de medios

y personal adecuados. Los cadáveres permanecían sin enterrar, y los propios ingleses practicaban incursiones en la retaguardia para robar alimentos. En estas circunstancias, después del correspondiente Consejo de Guerra, Vernon se prepara para zarpar, pero antes de que esto suceda, el almirante inglés envía el siguiente mensaje a Lezo: «Hemos decidido retirarnos para reparar los navíos y volver pronto de nuevo». A lo que el español contesta: «Para volver tendrá que solicitar del rey de Inglaterra que le haga otra escuadra más eficaz y numerosa. Los navíos actuales sólo sirven para llevar carbón de Irlanda a Londres».

El teniente general de la Armada Blas de Lezo dio la novedad de lo ocurrido, cuadrándose militarmente ante el virrey Eslava, y le dijo: «Señor Virrey: nos hemos quedado libres de esta inconveniencia».

A continuación se retiró, en medio de un impresionante silencio, solamente rasgado por el *toc-toc* de su pata de palo. Esta frase refleja el carácter austero y exento de florituras, eludiendo la menor alusión personal. Su estoicismo es evidente y concuerda con lo practicado por Lezo al relatar los avatares de los numerosos combates en los que participó, al igual que siempre hizo de ocultar



Palo de señales del destructor *Blas de Lezo* en la Plaza de Armas de la EE «Antonio de Escaño».

TEMAS GENERALES



Destructor *Blas de Lezo*.

las circunstancias que le produjeron sus evidentes mutilaciones. Así fue este heroico y competente general de la Armada que responde al nombre de don Blas de Lezo y Olavarrieta.

Desde el día que los ingleses levantan el sitio a Cartagena de Indias, 20 de mayo de 1741, hasta el fallecimiento de Blas de Lezo el 7 de septiembre del mismo año, transcurre un corto periodo de tiempo —tres meses y unos pocos días—, en que pasó un verdadero calvario.

Con relación a la cuantificación de pérdidas, los diversos autores que tratan este asunto difieren, pero sin duda nos merecen mayor crédito las dadas por Fernández Duro. Así se citan las siguientes cifras:

- Por parte inglesa: 9.000 bajas en los efectivos humanos, 6 navíos perdidos, 17 navíos muy deteriorados, 18.000 disparos de cañón, 6.000 bombas.
- Por parte española: 600 bajas en los efectivos humanos y 6 navíos hundidos: la totalidad de la escuadra de Lezo.

El trato que el virrey don Sebastián Eslava dio a Blas de Lezo es algo lamentable. No resulta fácil analizar las causas; lo que sí es cierto es que desde siempre las relaciones entre ambos dejaron mucho que desear. Pero Lezo siempre mantuvo la más estricta subordinación y respeto, y ahí está su Diario. Y también es cierto que fue él quien sufrió las consecuencias.

En una etapa anterior a estos acontecimientos, el virrey le suspendió su paga. En aquellas circunstancias, acudió en su ayuda el padre de doña Josefa, que tuvo que insistir para que Lezo accediese a recibir la ayuda ofrecida y no solicitada, que solamente aceptó como préstamo, devuelto en su momento. Esta situación se repite en los momentos que estamos relatando, de tal suerte que al producirse el fallecimiento de Blas de Lezo los gastos funerarios son abonados por sus amistades, y doña Josefa y sus hijos quedan bajo la protec-

ción que les ofrece el obispo de Cartagena de Indias.

En junio de 1741 —días 8 y 28—, el virrey Eslava escribe sendas cartas censurando y previniendo a S. M. el Rey contra Blas de Lezo, que tuvieron nefastas consecuencias para éste, ya que dieron como resultado la promulgación de una Real Orden de fecha 21 de octubre de 1741, que no se le pudo aplicar porque había fallecido el día 7 del anterior mes de septiembre.

Esta flagrante injusticia fue reparada en 1763, veintiún años después, a instancia del propio don Sebastián Eslava, que así se lo solicitó a S. M., quien a su vez le concedió el marquesado de Oviedo que recibió el hijo mayor de don Blas de Lezo.

Don Francisco de Quevedo, estando en prisión, dejó escrito en unos geniales versos que la envidia y la mentira le tenían allí encerrado. Quizá esa misma envidia y esa idéntica mentira tuvieron a don Blas de Lezo calumniado. Éste envió a S. M. su Diario de Operaciones con una carta memorable, que pudiese ser motivo de algún comentario posterior para exponer la agonía y muerte del heroico teniente general de la Armada, Excmo. Sr. Don Blas de Lezo y Olavarrieta.

«La senda de los justos es como la luz de la mañana,
cuyo resplandor crece hasta ser mediodía.»

(Proverbios 4-18).



Monolito del palo de señales del destructor *Blas de Lezo* en la EE «Antonio de Escaño».